SELECCION FILMS DE AMOR

VIAJE DE IDA

WILLIAM POWELL

KAY FRANCIS

50

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL ALAS

NUEVA COLECCIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Redacción, Administración y Talleres: Valencia, 834-Apartado 707-Tel. 75661-Barcelona

Agente de ventas: Sdad. Gral. Esp. Gelo de Librería, Barbará, 14 y 16 Barcelona

AÑO I. NÚM. 16

VIAJE DE IDA

Novela de tristes amores que se encuentran sin esperanzas de conseguir la felicidad.

PRODUCCIÓN

Warner Bros. First National

Director - Gerente:

R. HUET

Paseo de Gracia, 77 BARCELONA

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Dan Hardesty	WILLIAM POWELL
Joan Ames	KAY FRANCIS
Skippy.	Franck McHugh
Betty	Aline MacMahon

Dirigida por
TAY GARNETT

Novelada por
JOSÉ VIRÓS

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Imprenta Comercial, Valencia, 234, Apartado 701, Barcelona

VIAJE DE IDA

ARGUMENTO DE
UNA PELICULA

COCKTAILS Y CUPIDO

Hong-Kong, la ciudad abigarrada, cosmopolita, agitada y turbulenta, en la que se agolpan las razas más diversas; gentes de todos los países y de todos los colores; asiento de todos los vicios que, más terribles que las más espantosas epidemias asiáticas, han importado allá las gentes de occidente, con su morboso refinamiento y su maldad de espíritu corrompido por una vida decadente y degenerada. Hong-Kong, la puerta que en el Pacífico tiene Inglaterra, efervescencia de ciudad grande, pero de una grandeza prestada, ya que su población mayor es la población flotante, la que hoy entra y sale mañana hacia rumbos desconocidos, los miles y miles de pasajeros de todas las naciones que llegan a aquel puerto para estar en él unas horas o unos días y continuar luego el viaje a través de los mares, como aves viajeras que no descansan más que lo necesario para emprender de nuevo el vuelo.

Y en Hong-Kong el Bar acaso más grande del mundo y, si no el más grande, el más bullicioso y el de más abigarrado conjunto. Largos mostradores junto a los que se agolpa la multitud. Cada país tiene allí su representación. Hay lugar especial para todos y para cada uno la bebida típica de su

país, un poco deformada por los perfumes orientales que la envuelven en una llamarada de exotismo conservando siempre en el fondo el color local. En el techo cien ventiladores airean la atmósfera cargada y calurosa de los trópicos y secan el sudor de aquellos cuerpos apenas envueltos en ligerísimos vestidos de seda que cubren escasamente las formas. Las mujeres lucen sus siluetas diseñadas bajo la sutilidad de las telas que se amoldan a las formas haciendo destacar su lujuriante belleza. La multitud, como rebaño sediento, se empuja, se apretuja, se da codazos para tener mejor lugar cerca de los largos mostradores o para obtener uno de los altos banquillos que son el trono supremo a que aspiran los clientes asiduos del Bar, porque desde allí dominan a la multitud y huyen un poco del calor asfixiante y el acre olor de los cuerpos sudorosos y cuardecidos por la temperatura elevada, por el ambiente morboso del país en el que están concentradas las languideces del oriente junto con el apasionado ardor del occidente.

Los chinos miran con un poco de desprecio a sus hermanos los europeos o americanos, a las gentes blancas que acallan su sed por unos instantes para luego sentir la fiebre con mayor intensidad y volver a beber aquellas bebidas infernales, mientras ellos dejan transcurrir indolentemente las horas, llevando a sus labios el divino veneno del opio que les adormece y les aquieta dulcemente.

En el Bar se acumulan los más extraños licores y se fabrican los cocktails más inconcebibles, para todos los gustos; los licores aguardan a que la mano experta del barman les mezcle, les combine, les agite en una danza loca y los convierta en uno de esos bálsamos supremos de los trópicos, que enrarecen los sentidos y exaltan las pasiones. Allí se fabrican los cocktails para los ingleses de la India; para los marinos de la escuadra que llegan solo de tiempo en tiempo, después de sus maniobras marítimas, a beber unas copas de tónico que les hace olvidar la añoranza del país lejano y de los amores que detrás dejaron. Cocktails para los meridionales y para las gentes del Norte; para los americanos y para los africanos... Cocktails con todos los nombres y todos los sabores, cocktails para todos los paladares y para todos los gustos... Se les dan los nombres más diversos y más abi-

garrador para que estén en consonancia con el público que concurre al bar enorme y turbulento, el más acreditado y el mejor surtido de Hong-Kong; se les llama ya con nombres guerreros, para las gentes de la armada, ya con nombres románticos, para los que aman y cultivan el arte único de convertir en ideal hasta el último y más desenfrenado vicio de la tierra.

Uno de los barman, agita entre sus manos expertas la cocktelera, sonriendo al cliente que espera escancie en su copa el delicioso licor para saborearlo sorbo a sorbo, con calma completamente oriental, para fruir más tiempo del placer de la bebida que le promete bellas visiones halagadoras cuando hayan ya obrado sus efectos en el estómago sediento y enardecido.

—Este cocktail no lo hago con frecuencia—dice el barman, mientras sigue agitando con destreza los diversos licores que ha mezclado, añadiéndoles esencias exóticas y extrañas substancias de plantas de Java y de las Antillas—. Lo reservo para los buenos clientes, para aquéllos quienes por el porte se les ve son perfectos caballeros, capaces de comprender la exquisitez de este Paraíso que yo me he inventado.

—¿Se llama Paraíso ese cocktail?—pregunta el cliente que aguarda, con una mano puesta en la copa, sentado en el alto taburete, abstraído por completo a cuanto pasa a su alrededor—. Tiene un nombre exquisito.

—Pues el licor se lo vale, señor. Yo le aseguro que no lo haría por un cualquiera, por un recién venido... Pero el señor es digno de gustar este maravilloso Paraíso.

—Probaremos, si la realidad no es lo que me prometes tendrás que hacerme otro para mi gusto particular.

—Estoy seguro de que al señor ha de gustarle mi cocktail Paraíso—afirma el barman mientras llena la copa del cliente con el licor que tiene reflejos tornasolados y colores intensísimos de pluma de pavo real.

El cliente lleva la copa a los labios, saborea con deleite su primer sorbo, se detiene un momento, lleva otra vez la copa a los labios y muestra su complacencia, con la calma con que deja que el líquido resbale por su garganta, de aquella bebida deliciosa y única, nunca hasta entonces gus-

tada. Alza la copa a la altura de sus ojos, contempla los colores vívidos y aterciopelados del líquido, como un sibarita prolonga el placer hasta más allá de lo real y, al querer acercar de nuevo los labios a la bebida, un golpe brusco que alguien empuja para acercarse al mostrador le dá en el codo, hace derramar la maravillosa bebida... El cliente se vuelve airado para protestar por el atropello, pero se encuentra con unos ojos enormes, negrísimos, profundos, que le miran por entre la seda de unas pestañas largas que ponen una sombra aterciopelada en el rostro un poco pálido y de líneas delicadas de la autora del atropello; unos ojos que miran con pasión y con dulzura; una boca fresca y jugosa que sonríe suavemente; una admirable silueta de mujer llena de feminidad y de gracia... El cliente se detiene, contempla arrobado aquella figura de mujer espléndida que sigue mirándole con una gracia natural e irresistible; se cruzan las miradas del hombre y de la mujer, miradas de fuego y de admiración, miradas que son por sí solas todo un poema de lujuriantes sensaciones... El cliente, sonriendo a la desconocida, inclina la cabeza como resignado y dice, como en un sueño:

—¡Era tan delicioso!...

—Lo siento—replica ella disculpando su torpeza y mirándole con más intensidad todavía.

—Y yo me alegro—contesta galante él—. Me alegro porque bien vale una bebida, por deliciosa que sea, la visión admirable de una belleza en toda su plenitud. «Paraíso», se llama el cocktail que se derramó sobre el mostrador, era una bebida digna de los dioses... Aún quedan unas gotas; las últimas; las más preciosas, porque todo lo que va a tener un fin es siempre lo más bello de la vida...

—¿Quiere compartir conmigo, por un momento, el «Paraíso»?—pregunta el cliente a la hermosísima desconocida—. Brindaremos por nuestro encuentro.

—¡Brindemos, sí, brindemos por este encuentro fugitivo, por este «holas» y «adiós», que nos junta unos minutos ante la mesa de un Bar; por este encuentro que, por ser tan fugitivo, como las últimas gotas de su cocktail Paraíso, será, como ellas, tan exquisito y tan digno de los dioses!...

—¡No, este brindis me parece demasiado cruel!—replica el cliente mientras acerca a los labios entreabiertos y

sensuales de la elegante mujer la copa en la que brillan unas gotas doradas y rojas—. ¿Quiere que brindemos mejor por un «hasta la vista»?

—Brindemos... aunque ello no tenga que ser nunca más!... —contestó ella con un dejo de amargura en la voz.

—Me llamo Dan —dice él, presentándose lacónicamente.

—Y yo Joanne.

—¡Hasta la vista, Joanne!

—¡Hasta la vista, Dan!

Beben casi al mismo tiempo, compartiéndolo, el último sorbo del «Paraíso», mientras las pupilas se siguen buscando con un afán desasosegado e inquieto, atraídas por una invisible fuerza que les une desde aquel primer momento con un lazo al que ninguno de los dos sabe sustraerse porque apenas ni él ni ella son capaces en aquel momento de adivinar su alcance y su importancia.

La desconocida sonríe con dulzura al caballero que ha sido tan galante con ella, mientras la multitud que sigue llegando sin cesar a calmar los ardores de sus fauces sedientas y se apretuja y se amontona contra los mostradores, los aparta uno de otro y les hace perderse de vista.

—¿Quieres que te la presente?—pregunta a Dan un amigo que le ha visto detenerse y buscar a la mujer encantadora que quedó junto al mostrador.

—No... La casualidad nos hizo compartir un sorbo del Paraíso... Otro cocktail destruiría el encanto... ¡No quiero conocerla!... ¡Quién sabe si la casualidad nos vuelva a reunir algún día!

Dan no cree en aquella posible casualidad; pero tampoco quiere destruir el encanto ideal y romántico de aquel encuentro que no dejará ninguna huella triste en el torturado camino de su vida... Será un rayo de luz en las tinieblas en que se debate... Aquellos ojos le darán siempre, siempre el calor de un cariño irreal y maravilloso... ¿Para qué, intentando poseer más, va a destruir aquel encanto único e incomparable?

¿Aquel encuentro inesperado y fortuito, volverá a repetirse?...¿Volverán a cruzarse los caminos de aquellas dos vidas que por un instante se han detenido asombradas de encontrarse, y que luego han seguido súbitamente cada una

su rumbo sin saber de donde venían ni preocuparse de averiguar adónde van?... A él se le hace difícil separarse de la bella; busca con los ojos entre la multitud, va saliendo con paso cansino del Bar, esperando verla otra vez, hablarla de nuevo, preguntarle algo acerca de su vida... Un objeto duro y frío que se le clava en el costado, le hace volver la cabeza hacia otro lado y se encuentra con un individuo que le encañona con disimulo una pistola junto al costado derecho y que le dice secamente:

—¡La persecución ha sido larga, pero por fin ya es mío!

—¿Por qué tardó usted tanto en atraparme, si tanta prisa tenía en ello?—le preguntó Dan bromeando.

—Suprima usted los chistes y dése por detenido—le contestó el otro, esposándolo al mismo tiempo—. Ahora no volverá a escaparse.

—¡Otra vez unido a usted por esas argollas!—suspiró Dan sin gran amargura—. Dígame, ¿le siguen gustando a usted los ajos? ¡Porque de esta situación, lo que más me molesta es el constante olor a ajos!...

—¿Cómo tiene usted ganas de bromear? ¿Sabe lo que le espera?

—Lo sé; pero sigo confiando con mi buena estrella.

—Ya ve que ahora le ha abandonado a usted.

—Así parece... por el momento. ¡Ahora es usted el que gana; pero aún no hemos llegado al término de nuestro viaje!... ¿No piensa usted en que puedo volver a burlar su buena vigilancia de detective experto?

—¡Quizá... pero siempre seré yo quien gane!... Estoy dispuesto a devolverlo al Gobierno de los Estados Unidos aunque sea metido dentro de un ataud.

—¡No se ponga usted trágico... puedo sufrir menos esto que el olor a los ajos! Y, dígame, ahora ¿dónde me lleva?

—Al barco, y de allí... al presidio de San Quintín, para que se ejecute la sentencia que sobre usted pesa.

—Pero primero tengo que recoger mi equipaje.

—Está ya a bordo.

—¡Qué previsor es usted!... Da gusto tratar con personas que se lo dan a uno todo hecho. Precisamente esta cuestión de los equipajes siempre ha sido lo que más me ha molestado de los viajes. Gracias.

—No estoy para bromitas de mal gusto, Dan. Piense usted en qué manos está, y quizás no tendrá tantas ganas de bromear.

—Ya sabe que no quiero ponerme triste... Hasta Berlín me siguió usted los pasos muy de cerca. Luego creí de veras haberle despistado.

—No podía volver a San Quintín sin usted. Su fuga costó el empleo a sus escoltas... Suerte que yo no estaba aquel día con ellos; ésto me ha dado ocasión para dar la vuelta al mundo tras de usted y hacer muy buenos ahorros para retirarme en cuanto le deje a usted instalado en el Penal.

—¡Si antes no le cuesta también el empleo una nueva huída mía!...

¡HOMBRE AL AGUA!

A bordo se tropezaron de manos a boca con un viejo amigo del policía y de Dan que le había conocido en el Penal.

—¡Skippy el carterista!—exclamó Dan al verle—. ¿Le va bien en Hong-Kong?

—Ya ve que no, amigo; el negocio no marcha. Hoy día se viaja sin dinero; las carteras vacías y mucho crédito en los bancos... es la ruina para nuestra clase. Ahora voy a ver si encuentro lugar mejor para ejercer mi profesión—contestó con desenfado el ladronzuelo.

—¡Pero no volverá usted a los Estados Unidos!—le dijo el policía—. ¡Está usted reclamado en muchas partes!

—Ya no me quieren en ninguna—replicó prontamente Skippy—. Por esto viajo por el mundo... Me reclaman en una parte y en otra me echan por indeseable; ¿qué puede uno hacer?—. Y por lo bajo, rehuyendo ser oído por el policía, le preguntó a Dan:

—¿Puedo servirte en algo, compañero?

—¡Sí, en cuanto puedas, dale estricnina!

El vapor, uno de los enormes trasatlánticos que hacen el servicio de la línea Hong-Kong-San Francisco, comenzaba a preparar su marcha del puerto de Hong-Kong, después de haber cargado en él las mercancías y el pasaje nutrido que debía transportar a tierras americanas o dejar, en el curso de su travesía en las islas Hawai, donde hacía unas horas de escala. Los pasajeros, apoyados en las barandillas de las amplias cubiertas, contemplaban a los que quedaban en el muelle esperando la salida del gran trasatlántico y de los que apenas se distinguían las facciones desde la altura del

enorme vapor que hacía sonar su estridente sirena llenando en aire con el desgarrado quejido de despedida que dan todos los buques al partir y que dejan en el alma de los que se quedan la sensación de un lamento dolorido y lejano de los que se van quien sabe si para no volver más. Se levantaron las anclas, se cerraron las escotillas, llegaron los remolcadores para apartarlo del dique y enfilar la popa a la boca del puerto; y entre tanto la sirena seguía lanzando al aire su lamento desgarrador.

Dan, esposado, unido sin remedio a su aprensor, contemplaba también a la gente del puerto, a los pasajeros que se apiñaban en la barandilla, a todas aquellas almas que podían moverse libremente, a su antojo, sin trabas ni temores y, luego, miraba su mano esposada y sentía sobre sí toda la pesadumbre de la libertad perdida y del destino trágico que le aguardaba si la suerte no volvía a favorecerle permitiéndole escapar de nuevo de manos de aquel detective que mejor hubiera servido para burgués sin grandes aspiraciones...

—No me gustan los viajes por mar—dijo Dan para interrumpir el silencio en que ambos estaban sumidos y para entrar en una conversación que rato ha estaba revoloteando por su mente.

—¿Se marea, eh?—preguntó con sorna el policía—. ¡Pues tendrá que conformarse con las circunstancias... y con la peste a ajos!... ¡A todo se acostumbrará!...

—Al mareo quizá sí; pero a la peste a ajos yo le aseguro que jamás podré acostumbrarme!... Pero los viajes por mar no me asustan por el mareo; me asustan por las posibilidades de naufragio... La niebla, las tormentas, los arrecifes... un súbito incendio en ese mar de petróleo que el buque guarda en sus entrañas... Tantos accidentes fortuitos y que no pueden preverse... Ha de ser muy desagradable un naufragio... ¿Usted no sabe nadar?

—¿Yo?... No, ni ganas.

Dan soltó una carcajada mordaz.

—¿De qué se ríe usted? ¡Somos muchos los hombres que no sabemos nadar!

—¡Me río pensando en que si usted fuera policía en Ve-

necia!... con que facilidad podrían huirle los delincuentes a los que usted persiguiera.

Al policía no le hizo mucha gracia el chistecito de Dan, porque se quedó muy serio. En cambio le había impresionado de una manera desagradable la visión de un posible naufragio... Dan tenía razón, un vapor es una cosa bien baladí y bien pequeña cuando se encuentra en la inmensidad del océano... y son tantos los enemigos que le acechan!... ¡El fuego, la niebla... las tormentas... los arrecifes!... Un ligero escalofrío le hizo enderezar los cabellos en la cabeza cuando la voz de Dan, como al acaso, pronunció estas palabras:

—¡Sería un fastidio ahogarse esposado con *usted*!

El policía calló un momento, hurgó en el bolsillo de su chaleco, mostró una llavecita casi diminuta y dijo dando un suspiro de alivio:

—En caso de naufragio le daré a usted esta llavecita.

Dan volvió a reírse. Luego se quedó un buen rato silencioso, mirando fijamente al muelle del que el barco comenzaba ya a despegarse con lentitud, como un buen amante que se separa de los brazos de la amada... Ya las gentes que quedaban en tierra se perdían confundidas en la bruma ya no eran más que unas pequeñas siluetas oscuras, movedizas, que se agitaban como cucarachitas en torno a un botín. Ya los remolcadores se habían apartado del gran vapor que hacía sonar por última vez su sirena antes de dar marcha acelerada a la máquina para embocar el puerto y darse a la mar. Ya el pasaje se había replegado dejando libres las barandillas y ocupando los salones de lectura, el bar, la sala de música, o bien las largas sillas que se alineaban sobre la cubierta... Dan seguía con la vista fija en un punto que le llamaba desde hacía rato poderosamente la atención: una de las escotillas que habían quedado mal cerradas y que ofrecían al preso una leve esperanza de salvación... Se levantó lentamente como para acercarse a la barandilla; el policía le siguió sin sospechar nada, cediendo complacido al movimiento de su detenido cuando éste, bruscamente, sin dar tiempo a que nadie se fijara en su maniobra, con una fuerza viril de la que nadie le hubiera creído capaz, se lanzó al agua por el hueco que dejaba entre-

abierta la escotilla descuidada, arrastrando en pos de sí a su apresor que lanzó un grito ahogado y salvaje al darse cuenta del peligro y de las intenciones de aquel diablo en forma de hombre que tantas veces se le había escapado ya de las manos. En el agua la lucha fué breve pero terrible. Dan era un nadador experto, dominó con su fuerza al policía, pudo arrebatarle la llavecita que era la de su salvación y, nadando sólo con los piés mientras sus manos trabajaban febrilmente, logró abrir las esposas y deshacerse de aquel hombre al que en pocos momentos tendría ahogado y que se llevaría al fondo del mar el secreto de la huída del perseguido de la justicia.

El grito del policía al caer al agua y el que dieron los pocos pasajeros que acertaron a presenciar el hecho, puso en conmoción a todo el pasaje y a la tripulación del buque.

—¡Hombre al agua!—gritaron de una punta a otra del barco.

—¡Hombre al agua!—repitieron centenares de bocas a un mismo tiempo.

Los pasajeros se asomaban rápidos para contemplar los trabajos de salvamento. Todos querían estar en primera fila mientras el capitán daba órdenes para que se lanzaran al agua salvavidas y se hiciera todo cuanto fuera posible para salvar a aquellos dos seres a quienes se veía luchar desesperadamente entre el torbellino de las olas. Dan nadaba con fuerza hacia la orilla, volviendo a cada rato la cabeza para comprobar si le perseguían y para ver si ya el mar se había tragado a su perseguidor... Allí, en la orilla, estaba su salvación... el refugio seguro de centenares de barcos que le ofrecerían por el momento guarida donde esconderse; en la orilla estaba el comienzo de una nueva vida, ya sin peligros y sin zozobras una vez hubiese desaparecido tragado por el agua el único acusador que desde aquellas lejanas tierras pudiera descubrir al gobierno Norteamericano su existencia... En la orilla estaba pues la esperanza de reconstruir sobre un pasado olvidado, un porvenir honesto y brillante... Dan brazeaba atraído por aquella luz de esperanza que el puerto de Hong-Kong, a una distancia relativa que sus fuerzas de nadador experto le permitirían salvar, le ofrecía como una promesa consoladora y llena de posibili-

dades... Detrás quedaba el trasatlántico y en él la visión terrible de la esclavitud que le conduciría al Penal... y de allí a la silla eléctrica!... Dan volvió los ojos una vez más para contemplar con desprecio la cárcel de la que había escapado y sus ojos se cruzaron con la luz de unos ojos que le seguían con una angustia indescriptible, de unos ojos enormes, brillantes, agrandados por el terror y la ansiedad, que le miraban hipnotizados, como si quisieran salvarle de una muerte casi segura, de unos ojos que le acompañaban en aquella travesía temeraria y desesperada en la que Dan jugaba su vida a una sola carta... Aquellos ojos eran los de ella... que iba a bordo con rumbo a quien sabe qué desconocidos parajes! Aquellos ojos eran los que en el Bar le habían mirado con una caricia prometedora de horas muy felices... Ella, la divina desconocida, le miraba de nuevo, estaba allí, sobre cubierta, destacando su silueta esbelta y elegantísima sobre el fondo del barco que había detenido su marcha. Le miraba, y en aquella mirada vió Dan su verdadero «Paraíso».

Viró en un ágil movimiento de pez escurridizo y docto en el movimiento, y a grandes brazadas llegó hasta donde el policía estaba ya agotando sus últimas fuerzas y esperando el momento terrible de desaparecer bajo las aguas. Dan le tomó de la mano, le ayudó a sostenerse a flote, le llevó con sus propias fuerzas hasta lugar seguro, arriesgando su vida por salvar la de su compañero; luchó contra la olas y contra la resistencia del náufrago: pero le daba fuerza la luz de aquellos ojos que seguían contemplándole con admiración creciente; se sentía sostenido por aquella mirada que sentía ahora tan suya y tan cautivadora y Dan, enardecido por su doble proeza, logró, gracias a su pericia y su valor casi inconcebibles subir de nuevo a bordo después de haber salvado la vida del policía que tan cerca había estado de perecer.

Pasada la impresión que en el barco causara la caída al agua de aquellos dos hombres a los que nadie conocía, Dan y el policía volvieron a encontrarse solos, entre la multitud, solos y aprisionados de nuevo por las incómodas esposas que con dificultad podían disimularse.

Desde el accidente que todos creyeron fortuito y que solo Dan y el detective sabían era intencionado, los dos hombres

no habían vuelto a cruzar la palabra. Dan estaba lo bastante preocupado por el recuerdo de su desconocida a la que no había visto ya al subir a cubierta, para que tuviese ganas de cambiar con su inseparable compañero de viaje alguna frase vulgar o mediocre. El detective, a su vez, estaba profundamente impresionado por todo lo ocurrido para que pudiera pronunciar ni una sola palabra de agradecimiento o de reproche a aquel hombre que en pocos minutos había intentado matarle y luego le había salvado milagrosamente de una muerte segura.

Le miraba a hurtadillas, tratando inútilmente de adivinar qué causas habían influido en el ánimo de aquel hombre extraño para obrar de una manera tan distinta y tan contrapuesta en tan breve tiempo. Hubiera querido decirle todo cuanto pensaba y todo cuanto le agradecía el haberle evitado la muerte espantosa que le acechaba; pero el mutismo de su compañero le imponía a él el mismo silencio, no se atrevía a sacarlo de su meditación, no podía seguirle por el mundo desconocido de sus ideas que quien sabe por que regiones divagaban acompañadas por el ritmo del mar y por el movimiento acompasado y veloz del barco que marchaba a toda la fuerza de sus máquinas, cruzando el inmenso Pacífico con rumbo a las Hawai, cortando en su carrera vertiginosa las aguas turbulentas y levantando remolinos de espuma que le seguían como una bandada de gaviotas amorosas...

El policía no quiso prolongar más su silencio, quería mostrar de alguna manera su agradecimiento a su salvador, aunque sabía muy bien que no le había salvado por él mismo, sino por algún secreto y desconocido motivo que estaba seguro de no poder adivinar jamás en la vida; pero fuera como fuese, él le debía la vida y quería mostrar su agradecimiento a aquel hombre que estaba maniatado a él y del que se sentía más distante que del más lejano de los antípodas.

—Menos mal que sabía usted donde estaba la llave—dijo, para cortar de alguna manera el silencio.

—¿Cree usted que si no lo hubiera sabido me habría arrojado al agua por el gusto de morir unido a usted?—le contestó Dan con ironía.

—No comprendo, francamente, porque, después de su rasgo, me salvó la vida cuando ya era segura su fuga...

—¿No lo comprende?—preguntó Dan con un brillo en sus ojos que mostraba la fuerza de su pasión que iba a desbordarse en una necesidad muy humana de desahogar las propias impresiones; pero vió la cara incomprensiva y sin expresión de aquel pobre hombre incapaz de comprender ningún sentimiento y, cambiando de tono y de expresión acabó. —No vale la pena de que lo comprenda... Aunque se lo explicara tampoco lo comprendería...

—De todos modos, sea por lo que sea, yo quiero darle las gracias por lo que ha hecho por mí; no sé cómo mostrarle mi agradecimiento.

—Bien poca cosa he hecho... ¿Salvarle la vida? ¿Cree usted que vale la pena agradecérmelo?...

—Sí, yo se lo agradezco mucho y dígame que podría hacer para mostrarle la sinceridad de mi agradecimiento.

—Muy sencillo... Estamos a muchas millas de la costa. Soy un nadador experto, pero no tanto como para no morir de fatiga antes de poder salvarme a nado... La huída no es ahora posible... ¡estas pulseras resultan tan incómodas!

—Bueno...—contestó dócil el detective—, nos desharemos de ellas mientras estemos lejos de la costa. ¡Pero no trate de hacerme otra jugarreta... porque esta vez sí le enfriaría de un balazo!... Se lo digo en serio, no bromeo. Es una vergüenza para un buen detective tratar con personas como usted.

—Es usted incapaz de hacerme daño ninguno... le conozco bien; pero yo le prometo no escaparme... mientras no estemos cerca de tierra—le dijo Dan, riéndose con su risa peculiar que desconcertaba al policía.

—¿Puedo subir a cubierta?—le preguntó, ansioso de recorrer el barco en todas direcciones para buscar a la desconocida que le había hecho devolverse a manos de la justicia de la que sabía ya no podría ahora escapar.

—Vaya... pero no olvide que yo le seguiré siempre a corta distancia. Una cosa es que vaya usted sin esposas a que yo deje de espiar hata sus menores actos...

—¿Quiere que brindemos mejor por un 'hasta la vista'?

—¡La persecución ha sido larga pero por fin ya es mío!

—En caso de naufragio le daré a usted esa llavecita.

—¡Salud!
—¡Suerte!

El idilio de los dos amantes encontraba cada día nuevos recuerdos.

—No trata de escaparse.

– Nadie nos separará.

– No, mi vida no me digas adiós, dime hasta luego.

EN BUSCA DEL IDEAL

Dan pudo moverse, por fin, a su antojo, por aquel dédalo de corredores, de salones, de terrazas, de escalerillas y de gentes que iban y venían sin cesar, de un lado para otro y entre las que no lograba distinguir a su amada desconocida. Preguntó a todos por ella:

—Se llama Joanne y es bellísima—decía por todo detalle.

—Viene tanta gente en el vapor que sin saber su apellido es imposible encontrarla—se le contestaba.

—Es de regular estatura, tiene el pelo negrísimo y unos oscuros y enormes...

—¡Hay tantas mujeres de este tipo!

—¡No, no hay más que una!—exclamaba desesperado—. ¡Ella!...

Un día apareció en todos los salones y en el comedor y en todo lugar en el que el público se reunía para charlar y reír, un letrerito en el que en gruesos caracteres venía escrito: «POR ORDEN FACULTATIVA, se suplica silencio y recogimiento mientras dure el estado de gravedad de una pasajera».

Se suspendieron los bailes, los conciertos, los juegos ruidosos y el pasaje caminaba casi de puntillas por los largos corredores que rodeaban el camarote de la enferma.

Joanne había tenido un fuerte ataque cardíaco. Recostada en la litera, con el rostro más pálido que de costumbre y las ojeras amoratadas, comenzaba a volver en sí después de las horas en que la muerte había disputado a la vida la codiciada presa. Abrió lentamente los ojos para interrogar en una mirada muda pero elocuente al médico que acechaba sus menores

movimientos. La enferma le había oído decir, mientras se encontraba ella en aquel estado de semi inconsciencia en que dejan las grandes catástrofes del corazón, que permiten al enfermo escuchar todo cuanto en torno a ellos se dice pero que le imposibilita de hacer ni el más pequeño movimiento, que le quedaba muy poco tiempo de vida.

—¿Tan grave estoy, doctor?—preguntó cuando pudo por fin articular unas palabras.

—Señora, es muy duro decírselo a usted... pero puesto que va usted sola y que solamente usted puede cuidarse, debe saber que su estado es muy peligroso... que solo con grandes cuidados logrará usted...

—¿Qué?, ¿ingresar en un sanatorio cuando desembarque? —preguntó Joanne con pena—. El cuadro no es halagador, pero lo es menos el sepulcro... Haré todo lo que usted ordene, doctor.

—Calma absoluta, lo primero; no más bailes, no más paseos sobre cubierta...

En aquel momento una voz conocida, muy conocida para Joanne aunque la había oído pronunciar muy escasas palabras, llegó a sus oídos aguzados por la enfermedad, en el momento en que preguntaba por millonésima vez por una pasajera:

—Se llama Joanne... tiene los ojos castaños, muy grandes y una abundante cabellera oscura que le enmarca el rostro pálido...

—Doctor—exclamó Joanne al oir aquellas palabras pronunciadas por la voz amada—. Doctor, estaba equivocada. No quiero hacer nada de lo que me dice. Quiero gozar de la vida... el poco tiempo que ella me dé para gozarla. No quiero sacrificar mi felicidad para poder arrastrar unos meses más una existencia de enferma, triste y sin luz... ¡Qué importa que la dicha sea breve!... ¡Lo más bello de la vida es lo que se sabe va a terminar... para siempre!... ¡Si me queda sólo una hora de vida, un instante, quiero vivirlo y vivirlo intensamente!... ¡Que él sólo me compense de toda la vida que voy a perder en plena juventud!... ¡Doctor, voy a vestirme con mis mejores galas... y voy a subir a cubierta!...

Joanne estaba transfigurada, animada por una extraña llama de vida que le encendía los ojos y ponía un poco de calor

en sus mejillas. Ensayó sus fuerzas; el ataque estaba por aquella vez dominado y Joanne quería ir en pos del eco de aquella voz que le había llenado el corazón de felicidad. Se vistió elegantísima, con la coquetería tan femenina y tan deliciosa que hace encontrar siempre el detalle que mejor favorece, el que puede llamar más poderosamente la atención de la persona a quien se ama y de la que quiere hacerse amar y, cuando, después de haber contemplado por última vez su propia silueta ante el espejo y de no haberse podido reprochar ningún detalle que no estuviera primorosamente estudiado y calculado, se decidió a subir a cubierta, Joanne estaba resplandeciente de belleza y de felicidad.

Caía la tarde cuando se encontraron frente a frente, cuando sus miradas se cruzaron de nuevo encendiendo en sus corazones la llama viva y ardiente de un amor desesperado y sin más allá... de un amor bello, pero casi irrealizable... de un amor que los dos, cada uno por distintos motivos que se ocultaban uno a otro cuidadosamente, sabían no podía ser más duradero que aquel viaje maravilloso que les unía por unos días breves pero saturados de dicha divina e inenarrable.

Dan la invitó a beber y a brindar por el nuevo encuentro en el que no tendrían que decirse aquel «hola» y «adiós» de su primer encuentro, ni aquel evasivo «hasta la vista», que ella había creído irrealizable y que el destino les había separado mucho más pronto de lo que ninguno de los dos hubiera podido soñar...

—¡Brindemos por mi buena estrella que vuelve a lucir!—dijo Dan alzando su copa—. Esta vez las copas están colmadas: bebamos porque nuestra dicha se pueda ver también colmada en todas sus aspiraciones.

—Esta vez no perderemos ni una sola gota de felicidad—contestó Joanne, levantando en alto su copa—. ¡Salud!—exclamó con un dejo amargo pensando en lo que a ella le faltaba.

—¡Suerte!—replicó él pensando en la que le aguardaba al desembarcar...

Bebieron fingiendo una alegría que uno y otro sentían enturbiada por los propios pensamientos que eran como una tortura insoportable... Luego bebieron el licor más divino y más sútil... el que bebieron uno en labios del otro, unidos

en estrecho y prolongado abrazo que les hizo sentir todas las exquisiteces de la gloria y les hizo olvidar todas las negras visiones del futuro.

La noche se precipitaba sobre el amplio mar como un monstruo de fauces hambrientas, mientras en el ocaso el sol triunfaba todavía sobre las olas con un brillo rojizo que tenía de color de sangre las espumas blanquecinas dándoles tonalidades fantasmagóricas como de visión demente adormecida por los vapores acariciadores del opio... Joanne, recostada sobre la barandilla del buque, contemplaba en silencio la belleza melancólica de aquel crepúsculo maravilloso y, como para ella misma, recitó lentamente una estrofa de su poeta favorito.

—«El día muere, envuelto en un sudario de gloria!...»—. El eco de su propia voz la hizo estremecerse en una extraña sensación de miedo y de tristeza—. Perdóneme—añadió dejando descansar su mano sobre la mano larga y varonil de Dan—, sin querer me ha puesta romántica esta hora del día en que hay tanta tristeza... ¡La vida es tan hermosa y tan prometedora!... ¡Todo lo que viene a recordarnos la muerte... el fin... es tan triste!...

—¡Es verdad; la vida tiene encantos incomparables... y el instante más bello es aquel en que nos apercibimos de ello... como éste en que estamos aquí, los dos solos, envueltos en este gran amor que nos ha unido y que nos da la felicidad completa!—dijo Dan abrazando estrechamente a su amada y besándola apasionado en los ojos, en los labios, en el cuello tibio y satinado que se le ofrecía con voluptuosidades tentadoras. Sintió que Joanne se estremecía bajo aquellas apasionadas caricias, que desfallecía entre sus brazos.

—¿Qué le pasa?—le preguntó con angustia—. ¿Se siente mal?

—No, no; pero debemos retirarnos; estoy un poco fatigada, perdóneme... Quizá la emoción de la hora... el fresco de la tarde... no sé; quisiera retirarme a mi camarote... Mañana volveremos a vernos con detenimiento. Ya no volveremos a perdernos... ¿Ahora ya sabremos buscarnos y encontrarnos, verdad?...

El idilio de los dos amantes encontraba cada día nuevos recursos para prolongar los encantos de las horas pasadas a

solas, unidos en íntima conversación, apoyados sobre la barandilla del buque o en un rincón de los salones quietos y reposados de conversación, cuando los demás pasajeros estaban entregados a otras diversiones y se encontraban distantes de aquel lugar. Dan y Joanne no se separaban ni un momento; se buscaban a todas horas y constantemente encontraban mil motivos para conversar y estar juntos y prescindir, como si el barco fuera solo para ellos, de los demás pasajeros haciendo una vida completamente aparte de los demás.

Dan había rogado a Skippy y a su compañera Betty Barrel Houze, que ahora se hacía pasar por la Condesa de Barilhause para sacar con más facilidad los dólares a un cándido inglés multimillonario que se llamaba Horald y al que perseguía con asiduidad, que procuraran dar conversación y distraer al policía que lo espiaba a todas horas y de cuya presencia no podía deshacerse ni aun en los momentos en que estaba al lado de Joanne, y en los que, naturalmente, deseaba no tener testigos. La pizpireta Betty, que tenía una amplia experiencia de todos los trucos y artimañas de su carrera, prometió a Dan ocuparse del policía todos los ratos que le dejara libre su millonario y, como éste era muy aficionado al juego, Betty tenía mil ocasiones para sentarse junto al policía y charlar largo rato tendido con él de todo cuanto pudiera interesarle, haciendo mil proyectos para el porvenir y procurando halagar los gustos tranquilos y sosegados del buen burgués metido a detective.

El detective se dejó seducir pronto por los encantos de aquella mujer de la que no conocía sus antecedentes penales, y a la que encontraba deliciosa y altamente distinguida.

Iba ya el barco a llegar a Honolulú, en donde haría una escala de unas cuantas horas, las suficientes para que el pasaje pudiera recorrer la isla y darse cuenta de la belleza del país.

Joanne y Dan se habían convenido para bajar a tierra y pasear juntos por la isla de ensueño que ella tenía tantas ganas de conocer.

—¡Creo que la vista de esa isla maravillosa me hará mucho bien!... ¡Estoy en una disposición de ánimo que la contemplación de las cosas bellas, aunque me pone un poco triste, me da un gran consuelo. Por esto tu amor, que es tan

intensamente bello, me da tanto sosiego y tanta dicha!...»—le había dicho a Dan la vigilia de llegar a Honolulú.

—Mi vida—le dijo Dan abrazándola—. Siento causarte una contrariedad, pero temo que mañana no podré bajar a tierra; me detienen en el barco obligaciones que no puedo rehuir.

—¡Había deseado tanto hacer este pequeño paseo contigo!—exclamó Joanne, con un dejo de tristeza.

—Veremos si puedo arreglar las cosas—añadió Dan, dejando una ligera esperanza a su amada.

Dan sabía que Steve Burke, su detectivo, no le dejaría bajar a tierra sino esposado y en esta forma no le interesaba a Dan dejar el barco. Habló Dan con Skippy y con Betty para que le dieran alguna solución para deshacerse del policía y los dos compinches le prometieron hacer todo cuanto pudieran para que Dan intentara fugarse en Honolulú.

—Pero Burke ha prometido encerrarte en el calabozo antes de que el barco atraque—dijo Betty que había hablado con el detectivo y conocía sus intenciones.

—Entonces, voy a escribir unas líneas a Joanne y vosotros se las daréis si logro escapar, ¿verdad?

Y escribió precipitadamente un billetito en el que decía:

«Joanne: no nos volveremos a ver. Soy prófugo de la justicia; estoy condenado a muerte. Quise decírtelo, pero no pude. Trataré de llegar a Méjico. Si puedes perdonarme reúnete allá conmigo. Si no vas, comprenderé... y te amaré eternamente. Dan.»

Steve Burke, bajó a tierra a pasear con Betty que le había prometido llevarle a lugares deliciosos; pero se cuidó de dejar bien encerrado en el calabozo del barco a Dan para que éste no pudiera fugarse mientras durara su ausencia.

Burke no contaba con que Dan tenía un buen aliado en Skippy y que éste ayudaría a su amigo a salir de la prisión en que le habían encerrado para que a su vez pudiera pasear por la isla maravillosa con la mujer a la que amaba locamente. Skippy no comprendía porqué Dan amaba tanto a aquella mujer ni sabía en qué consistía el amor, él que sólo pensaba en apoderarse del dinero ajeno y que a las mujeres sólo las hacía servir o para hacerlas sus cómplices o para robarles alguna joya de valor sin que pudiera llegar a des-

cubrirse nunca al autor del robo; pero quería bien a Dan por que una vez le había ayudado en un mal paso y ahora que se presentaba la ocasión de demostrar su agradecimiento, combinó una estratagema y consiguió libertar a Dan que, vestido irreprochablemente, se reunió a Joanne y le dijo con naturalidad:

—He podido arreglar mis asuntos; podemos ir a pasear cuando quieras.

Dan y Joanne bajaron a tierra. El llevaba la cartera repleta de dólares que le había dado Betty para que pudiera pagarse su fuga en algún barco mejicano que zarpara aquella noche del puerto e ir a refugiarse en el país extranjero en donde podría reconstruir su vida y devolverle aquel dinero que le entregaba sólo como un préstamo hecho... por su Harold el millonario.

—Esta isla es un paraíso—dijo Joanne entusiasmada ante las bellezas incomparables de aquel pequeño oasis perdido en medio del Pacífico.

—¿Te gustaría quedarte aquí para siempre?

—¡Oh, sí, a tu lado sí!—exclamó Joanne estrechando el brazo de su amigo del que iba cogida con una indolente coquetería que le hacía sentir a él todas las palpitaciones de aquel cuerpo hermoso y codiciado.

—¿Serías capaz de desterrarte lejos del mundo... conmigo?—preguntó Dan que acariciaba una idea en la que apenas se atrevía a pensar.

—Donde tú estés nunca podrá ser para mí un destierro. ¡Iría contigo hasta el fin del mundo!

—Oye, Joanne—comenzó Dan poniéndose muy serio.

—¿Por qué te pones tan serio, querido?

—Tengo que decirte una cosa...

—No, ahora no; no quiero que me digas nada trascendental, nada demasiado serio. ¡Vivamos la belleza de este momento incomparable sin pensar en nada más que en nuestro amor!... ¡Dame un beso... así! ¡Esto es la vida!... Dime, Dan, dime que esto no acabará nunca; que siempre me amarás así, como en este instante sublime.

—¡Suceda lo que suceda siempre, siempre te amaré, Joanne mi vida!

—Estréchame más sobre tu corazón, que lo sienta yo palpitar... Siempre, eternamente seremos el uno del otro...

—¿Lloras?—preguntó Dan asustado al sentir sobre su rostro el calor de las lágrimas que resbalaban por las mejillas empalidecidas de Joanne.

—¡Ha sido un día tan bello!... También el exceso de felicidad hace a veces llorar—contestó Joanne secando furtivamente sus lágrimas—. Si no queremos que el barco zarpe debemos partir, Dan, es ya muy tarde.

Dan calló un momento reconcentrándose en sí mismo como si le doliera mucho tomar una resolución.

—Deberás regresar sola, Joanne—dijo por fin haciendo un esfuerzo supremo—. Yo no volveré al vapor. Soy un prófugo. La justicia me persigue. Quiero huir... Vuelve tú sola, amor mío; algún día volveremos a encontrarnos.

Joanne lanzó un quejido doloroso y cayó desvanecida al suelo. Dan vió aquel cuerpo exánime, aquel rosto afilado por la zarpa de la muerte, aquellos ojos violáceos entornados, mientras la respiración se iba haciendo cada vez más débil. Para él ya no hubo nada más en la vida que la salvación de la mujer amada. Se olvidó de que le aguardaba un barco mejicano para zarpar a media noche y marchar hacia la libertad y la vida; olvidó que la vuelta al barco americano era su muerte segura... Todo lo sacrificaba con gusto con tal de devolver la vida a aquel ser al que amaba más que a sí mismo, todo para que aquellos ojos volvieran a brillar y a sonreír, todo para que aquellos labios cerrados volvieran a entreabrirse para decir una de sus divinas palabras, o para pronunciar siquiera su nombre... Dan tomó a Joanne en sus brazos, corrió a la orilla, entró en una canoa de motor y dió orden de que les trasladaran a bordo a toda marcha. Llegó sin aliento, cuando ya el detective Steve Burke estaba loco de desesperación por la misteriosa fuga de su prisionero; pero Dan ni se fijó siquiera en su espía y penetró en el camarote de Joanne donde llegó inmediatamente el médico que aplicó varias inyecciones a la enferma logrando reanimarla un poco.

—¿Se salvará, doctor?—preguntó ansiosamente Dan.

—Así lo creo—replicó el interpelado—. El ataque parece

vencido por el momento, pero otro ataque como este podría serle fatal...

Dan se ocultó el rostro con las manos en un gesto de suprema desesperación.

Joanne dió un hondo suspiro, entreabrió los párpados, miró en torno y al ver a su lado al hombre amado sonrió feliz y susurró:

—¡Dan... no te separes de mí!...

Dan la besó silenciosamente en la frente, le estrechó la mano, le acarició los cabellos negros que destacaban sobre el blanco inmaculado de la almohada su masa obscura y sedosa; pero no pudo pronunciar una palabra y salió del camarote con la garganta ahogada en sollozos que contuvo con su fuerza de voluntad recia y firme.

El doctor le llevó aparte y le dijo:

—Es preciso que usted me ayude a salvar a la enferma. Toda emoción puede serle fatal. Necesita un reposo absoluto si ha de llegar con vida a los Estados Unidos... No sobrevivirá a otro ataque. Usted sabe lo que quiero decirle... ¿Me ayudará usted?

—Sí, doctor; pero debo advertirle que no podré evitar a Joanne una sorpresa desagradable... La policía saldrá a recibirme en San Francisco... Estoy condenado a muerte, por asesinato... Pero hasta entonces yo haré cuanto pueda para que nada sospeche y para que su vida sea de absoluto reposo.

Dan cumplió su promesa. Trató a Joanne como a una niña mimada evitándole toda emoción excesiva y rodeándola de tanta ternura que ella se sentía renacer a una paz de espíritu que la reconfortaba y la calentaba con un dulce calor de cariño maternal. Se pudo levantar pronto y paseaban lentamente a lo largo de la cubierta en las horas hermosas de la mañana, cuando el sol caldeaba la atmósfera y se sentía apenas la humedad marina. Luego, por la tarde, se sentaban en una mesa de juego y dejaban transcurrir plácidamente las horas embebidos en una inacabable partida de ajedrez o de poker que ellos prolongaban indefinidamente porque la interrumpían a cada rato con su charla incansable.

¿A LA GLORIA O AL LIMBO?

Su amor se había purificado y sutilizado con la fuerte sacudida recibida en Honolulú, y ninguno de los dos volvió a hablar de las palabras fatales que habían provocado la crisis cardíaca que puso a las puertas de la muerte a la enferma que se sabía próxima a morir y que quería gozar con toda su alma de las pocas horas de vida que le estaban reservadas.

Skippy y Betty tenían frecuentes altercados porque ya Betty no quería trabajar en el negocio de excavar el dinero de los bolsillos de los hombres a los que echaba el ojo como gentes acaudaladas.

—Estoy cansada de esta vida y quiero volverme una persona decente. Ahora, cuando llegue a tierra, me dedicaré a la cría de gallinas.

—Lo que pasa es que te has enamorado de ese imbécil de policía, de ese esbirro de la ley—dijo con rabia Skippy.

—Después de todo no hace más que cumplir con su deber. No es tan malo como tú crees. Es un policía por vocación... lo mismo que tú eres un ladrón por afición... Si estoy enamorada de él eso a ti no te importa.

—A mí no; ¡pero en cuanto él se entere de quién eres tú!...

—Ya sabré hacérselo olvidar, si es que algún día se entera.

Steve Burke se estaba enterando, precisamente en aquel mismo momento, de la verdadera personalidad de la Condesa de Barilhouze por medio de un despacho de la oficina central de policía de San Francisco que le advertía que la

que con este nombre viajaba en el gran trasatlántico no era otra que la conocida estafadora Betty de Barrel House, que vigilara su conducta y que la detuviera en caso de necesidad.

—¡Y yo que me había creído era una condesa de verdad!... ¡Me repugna entregar este despacho! Me lo reservaré para mí solo... Las gentes a veces cambian, y esta chica se me ha hecho muy simpática.

Poco tiempo después se encontraron el policía y la estafadora sobre una de las cubiertas y, como de costumbre, se pusieron a charlar amistosamente, como si el primero no supiera nada de la segunda.

—¡Si viera—dijo él después de un buen rato de estar engolfados en la conversación—lo fatigosa que es esta vida de policía!... Siempre tras los criminales, los ladrones, los malhechores; siempre en peligro de ser una de sus víctimas... ¡Y todo por tan poca recompensa! Estoy ya cansado de seguir esta carrera... No quisiera estar más tiempo sirviendo los intereses de la justicia... que no es siempre justa. Pero necesitaría alguien que me ayudara a dejar mi empleo... alguien que quisiera compartir conmigo una propiedad que tengo en el campo y allí vivir una vida tranquila y sosegada, fuera de las luchas y los partidismos y los rencores... Si usted estuviera dispuesta...

—¡Oh!... ¡Sería tan encantador!—exclamó Betty entusiasmada—. Vivir en una pequeña estancia y criar gallinitas y toda clase de aves de corral... como en los cuentos de niños. Un verdadero idilio campestre, ¿no es cierto? Pero antes de aceptar tengo que confesarle una cosa—añadió poniéndose seria de pronto.

—¿No sería mejor dejar esas confesiones para más tarde?

—¿Para cuando ya no hubiera remedio? No; es preciso que usted sepa ahora mismo que yo no soy Condesa... que mi pasado no es lo que usted ha podido creer; que no soy la mujer buena y...

—No siga. Tampoco mi pasado ha sido ejemplar... y yo no le hago confesiones de ningún género. Los dos podemos olvidar nuestro pasado y comenzar una vida nueva. ¿No siente usted valor bastante para hacerlo... teniéndome siempre a su lado?—dijo Steve, abrazando con efusión a la falsa

condesa y estrechándola muy fuerte entre sus brazos recios y besándola apasionado para convencerla mejor.

—Tiene usted razón; comenzaremos una vida nueva; pero entre tanto no me descomponga el peinado. He de empezar a ser económica y a suprimir gastos superfluos... como este de ir al peluquero todos los días—dijo Betty riendo y escapando al mismo tiempo de los brazos amantes que la retenían.

El vapor arribaba ya a San Francisco. Hacía unas horas que las costas americanas comenzaron a divisarse en la lejanía; ahora se podía contemplar en toda su belleza el panorama magnífico de la ciudad surgiendo entre las montañas inundadas de sol que la coronaban como a una reina con una aureola de luz y de fuego.

Joanne y Dan, prolongaban su despedida íntimamente unidos en aquellos últimos minutos que les quedaban de estar juntos. Ambos sabían que eran los últimos que iban a gozar de aquella felicidad suprema. Joanne conocía el próximo fin de su vida; Dan no ignoraba que en tierra le esperaba la horca; pero los dos seguían ocultándose la propia tortura para evitar al otro un pesar que no hubiera podido resistir. Los ojos en los ojos, los labios en los labios, los dos amantes se besaban una y otra vez, inacabablemente, con una trágica desesperación, abrazados en un supremo y desesperado esfuerzo que en vano trataba de hacer eterno aquel abrazo... ¡El barco se acercaba a tierra y en tierra estaba la muerte! Visión espantosa y horrenda que los destrozaba el corazón, llenando de amargura aquellos momentos que debieron ser los más dichosos de sus miserables existencias.

—¿Te acuerdas del primer beso que nos dimos en Hong-Kong?—preguntó Joanne muy dada a las remembranzas felices.

—¡Creíamos que sería el último!... Ya ves como el porvenir nos deparaba una felicidad que no nos atrevimos entonces a soñar.

—¡Cuatro semanas de dicha!... ¡Qué rápidas han pasado!... ¿Pero habrá muchas más, no es cierto? ¡Verdad que no me abandonarás nunca... nunca!

—¡Nunca, mi vida! Nos reuniremos pronto y seremos

felices para siempre!—mintió Dan piadosamente al ver en los ojos de la amada el ansia de saber.

—No perderemos ni un instante de nuestras vidas, ¿verdad? ¡Todos los dedicaremos a estar juntos, a amarnos, a no perdernos!... ¿Dónde cenaremos esta noche?

—Qué más da, Joanne. ¡Lo principal es estar juntos!... ¡Siempre!

—¿Por qué no quieres hacer proyectos concretos, Dan? A mí me gusta hacer proyectos; es bonito creer en ellos aunque luego no puedan realizarse... Hablemos del porvenir... A mí me gustaría pasar contigo el año nuevo en Calientes, en la frontera mejicana... ¡Es aquel un país tan bello...

—Bien, quedamos citados para aquella fecha. En este mes que falta para Año Nuevo yo arreglaré mis asuntos. Dentro de un mes nos reuniremos en Calientes. No faltaré.

—¡Ni yo tampoco!—exclamó Joanne ocultando sobre el pecho del amado su rostro ensombrecido por el dolor para que él no pudiera verlo reflejado en sus facciones.

—¡Dentro de un mes ya estaré muerta!—pensaba ella.

—Dentro de un mes ya me habrán ahorcado—se decía él.

Pero haciendo los dos un esfuerzo sublime de sacrificio y abnegación, se tragaron las lágrimas y volvieron a mirarse sonriendo como si la esperanza les inundara de felicidad.

—Voy a terminar el arreglo de mi equipaje. Vamos a bajar en seguida y tengo algunas cosillas sin recoger. Subo en seguida. Hasta ahora mismo, querida aun nos volveremos a ver antes de bajar del barco.

Dan dejó a Joanne y marchó lejos, donde ya ella no pudiera divisarle, donde lograra despistar la vigilancia de la mujer amada y bajar a tierra sin ser visto por ella para evitarle la amargura de verle caer en manos de la policía y ser metido en el furgón del Penal al que debía ser trasladado.

Steve se le acercó con las esposas en la mano para maniatarlo a él, cumpliendo así su deber.

—Lo siento, Dan—le dijo, emocionado él mismo de la fuerza de voluntad de aquel hombre admirable que se había captado el cariño del policía en aquellas cuatro semanas en que le había visto ponerse de nuevo en manos de la justicia por dos veces sólo por amor a una mujer que sabía ten-

dría por fin que abandonar para siempre, separado ella por el mazazo certero de la muerte—. Es preciso que volvamos a usar esto—añadió, mostrándole las esposas.

—¿Son indispensables?—preguntó Dan tristemente.

—Dan, no se trata de un crimen sin importancia... sino de un asesinato; su delito es grave... Mis jefes no me perdonarían que le dejara bajar a tierra libremente... aunque yo crea ahora en usted más que en mí mismo.

—Gracias, Steve; es usted una buena persona; siempre lo he creído así. ¡Quizá lograremos desembarcar sin que ella nos vea!... ¡Ayúdeme usted a evitarle este dolor a Joanne!

Joanne estaba espiando a todos los pasajeros que iban desembarcando, ansiosamente, para ver si aun podía por última vez dar un abrazo a Dan y despedirse una vez más de aquel hombre amado. Se acercó a la barandilla para ver mejor la escalera por la que se precipitaba el pasaje como rebaño puesto en libertad después de larga encerrona. Todo eran caras desconocidas. De pronto él... allí, sobre la escalerilla, junto a otro hombre... Joanne iba a correr hacia él, cuando unas voces que hablaban a su lado la detuvieron por un momento.

—Mirá, ahí va Dan Hardesty. Su compañero de viaje le ha calzado las esposas... ¿Ves? Van maniatados... le llevan prisionero... ¡Tan cumplido caballero, y está sentenciado a muerte por asesinato! En cuanto llegue al Penal lo ejecutarán.

Joanne sintió que el mundo desaparecía de su vista, el corazón le dió un fuerte pinchazo, como si le hubieran clavado en él un agudo puñal. Se apoyó para no desfallecer; pero luego, alocada, haciendo un esfuerzo supremo, corrió a Dan para decirle que acababa de enterarse de todo... Que sabía iba a morir, como ella misma que no podría sobrevivir muchas horas al agudo dolor que estaba experimentando... ¡Que le diera el último abrazo de adiós! Corrió para despedirse de él con mayor apasionamiento; para darle las gracias por todo cuanto había hecho para ocultarle la verdad.

—¡Dan!—gritó cuando ya estuvo a unos pasos de él—. ¡Dan!...—y se arrojó a su cuello con la garganta destrozada por los sollozos.

Dan le tendió la mano con naturalidad, sin dejarse vencer por la emoción.

—¡Adiós, Dan!...—dijo Joanne intentado en vano hablar y decir al amado todo cuanto pasaba por su corazón.

—¿Adiós?—preguntó él como extrañado—. No, mi vida, no me digas adiós, dime hasta luego... Hasta dentro de un mes... en Calientes.

Joanne, dominada por la tranquilidad de aquel hombre, por su espíritu recio y viril, por su temple de alma que no se dejaba influir por la emoción ajena, reaccionó, sintió también su espíritu inundado por una nueva fuerza que la sostuvo y le dió valor y, haciendo un esfuerzo supremo para sonreír, para que él se llevara en su mente la imagen feliz de la amada, le dijo brevemente:

—¡Hasta luego!...

¡Y sabía que aquel hasta luego no llegaría nunca, nunca!

Así, apoyados en el valor que les daba aquel amor de su vida, grande y firme como pocos, pudieron separarse sin lágrimas aquellas dos almas que caminaban hacia la nada, empujadas por la crueldad de un destino implacable que en ellas se cebaba con encarnizamiento feroz.

FIN

Próximo número

¡ACONTECIMIENTO!

LOS NIBELUNGOS

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel couché-Portada a todo color-**50 céntimos**

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Kathe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Diana Hold.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	José Mac Cruz.
ESTUPEFACIENTES	Jean Murat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Fröhlich.
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER DESNUDA	Florelle.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francell
VERONICA (La florista)	Franceska Gaal.
LUCES DEL BOSFORO	Gustav Fröhlich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Franciska Gaal.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

SOLAMENTE EN
Ediciones BIBLIOTECA FILMS
y
Selección FILMS DE AMOR

aparecen los nuevos grandes astros en sus más portentosas creaciones.

CARLOS GARDEL
- LUCES DE BUENOS AIRES
- ESPERAME
- MELODIA DEL ARRABAL

HENRY GARAT
- DOS CORAZONES Y UN LATIDO
- UN CHICO ENCANTADOR (El est. charmant)
- SE FUE MI MUJER
- SUEÑO DORADO
- PARIS-MONTECARLO

BORIS KARLOFF
- EL DOCTOR FRANKENSTEIN
- EL MILAGRO DE LA FE
- EL DELINCUENTE
- EL RESUCITADO

CARY GRANT
- LA VENUS RUBIA
- MADAME BUTTERFLY
- NACIDA PARA PECAR

JEAN KIEPURA
- TODO POR EL AMOR
- HOY O NUNCA (en preparac.)

CHARLES LAUGHTON
- EL SIGNO DE LA CRUZ
- LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

WARREN WILLIAM
- LA AMANTE INDOMITA
- VAMPIRESAS 1933

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 peseta
Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

PEDIDOS A
EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitir cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.